

EL P. OVIEDO, PRECURSOR DE LOS JESUÍTAS "ILUSTRADOS"

Germán POSADA MEJIA

EN EL ÁMBITO DEL ESPÍRITU, la corriente "barroca" y la corriente "ilustrada" dominan sucesivamente el panorama mexicano del siglo XVIII.¹ Tal dominio se revelará en todas las actividades culturales, y el choque entre las dos corrientes no se presentará al mismo tiempo en cada una de estas actividades, sino seguirá una evolución muy significativa y digna de ser meditada: de la literatura a la filosofía y la ciencia, y de éstas al arte. O sea que el impulso de la Ilustración, a la vez destructor y renovador, invade primero el campo de la creación literaria (ya a principios del siglo, en indecisa pugna que ha de prolongarse por espacio de cien años), se dirige luego al campo del pensamiento científico-filosófico (a mediados del siglo, en violenta crisis que ha de resolverse en unos veinticinco años: hacia 1775 el predominio de la nueva escuela es indiscutible, con lo cual se inicia la época moderna de la cultura mexicana), para atacar por último el campo de las artes plásticas (a fines del siglo, en demoledora furia que ha de sacrificar en pocos años el florecer de una maravillosa tradición estética: la arquitectura churrigueresca de la Nueva España). El fenómeno no se limita a lo artístico e intelectual, pues al iniciarse el ochocientos, cumplida ya la etapa literatura-filosofía-arte, ganado definitivamente para la modernidad el espíritu mexicano, el poder de innovación se traslada de la cultura a la política, dando origen a la independencia nacional. Inspirados por el pensamiento de la Ilustración, el licenciado Verdad, el oidor Villaurrutia y, sobre todos, el padre Hidalgo —discípulos y sucesores de los hombres que medio siglo antes habían introducido la filosofía moderna en el país: los humanistas jesuitas desterrados en 1767— se lanzan a la conquista de la acción política. Con ellos, el pueblo mexicano reclama su soberanía.

El tránsito del Barroco a la Ilustración, del arte culterano y churrigueresco al neoclasicismo literario y plástico, del pensamiento tradicional al pensamiento moderno, llegará a traducirse, pues, en definitiva, en tránsito del México colonial al México independiente.²

Por su múltiple interés como género literario, como creación ideológica que participa íntimamente de la renovación del pensamiento, y como esfuerzo humanista de redescubrimiento nacional, la literatura histórica es, sin duda, una de las expresiones culturales más importantes para la comprensión de la mentalidad mexicana en el siglo XVIII. La historia es uno de los géneros predilectos de la época: el total de la producción es de una abundancia increíble; sin embargo, aparte el caso ilustre de los jesuitas humanistas, el movimiento presenta caracteres de tono menor: su valor reside más bien en el gran número del conjunto y en la duradera actualidad de algunos de los temas a que se consagró, así como en haber sido testigo y víctima de la gran transformación dieciochesca. Y surge, al menos, una obra capital: la *Historia antigua de México* de Francisco Javier Clavigero. Clavigero, jesuita exilado, es el mayor historiador americano de su tiempo, el único que puede compararse con los grandes cronistas de Indias (Las Casas, Garcilaso, Sahagún).

UNIVERSALMENTE RECONOCIDA es la presencia de la Compañía de Jesús en la historiografía moderna de ambos mundos.³ Existe una "escuela jesuita" con caracteres propios, en concepto y realización. Esta escuela se revela muy claramente en la América española y portuguesa, sobre todo en la Nueva España. Se inicia ya a fines del siglo XVI, en vida de los propios fundadores de la Orden, con hombres de la talla de José de Acosta, autor de la *Historia natural y moral de las Indias*; continúa en el XVII, con un interés ya centrado en los asuntos religiosos mexicanos, de carácter concretamente nacional, con figuras menos significativas, como Rivas y Florencia; y llega a cabal florecimiento durante el siglo XVIII, antes y después de 1767, con dos corrientes sucesivas, una de literatura histórico-religiosa, anterior al destierro, y otra de historiografía huma-

nista, en el destierro. Entre las dos queda cubierta toda la extensión de la centuria, y el límite que las separa está justamente marcado por el año de la expatriación. Junto a ellas, aparece una corriente histórica no-jesuíta —religiosa o secular—, inferior en cantidad y, aparte el bibliógrafo Eguiara, menos original y renovadora en el contenido, aunque muy importante como documentación. Así, pues, a lo largo del Setecientos se percibe el fluir de tres corrientes:

a) historiografía barroca (ca. 1700-1780), tradicional en el pensamiento y de estilo barroco o tradicional, interesada en el México antiguo y colonial, representada por Eguiara, Boturini, Veytia y otros autores secundarios;

b) historiografía jesuíta religiosa (ca. 1700-1765), de transición, indecisa entre el misoneísmo y la modernidad, literariamente renovadora, preocupada por temas nacionales de índole piadosa y misional, representada por Oviedo, Venegas, Lazcano, Alegre (en su primera crónica) y muchos otros cronistas menores;

c) historiografía jesuíta humanista (ca. 1765-1800), ilustrada en el pensamiento y de estilo neoclásico, de mayor categoría intelectual que las dos anteriores, vuelta hacia los problemas del México eterno, representada por Clavigero, Alegre, Cavo y otros biógrafos y tratadistas, quienes llevan a cabo la renovación ideológica en el campo de la historia, como lo habían hecho en los campos de la filosofía y de la ciencia. Es la gran generación de los desterrados, que se formó en la Nueva España (bajo la dirección de los discretos maestros de la época precedente), que daría allí principio a su labor crítica y creadora, y que se expresaría luego a plenitud en el exilio.

Sobre la segunda de esas tres corrientes, formada por la numerosa generación jesuíta de la primera mitad del siglo, ha caído un aplastante olvido. Vagas, escasísimas noticias se conservan de ella. Tal parece que la posteridad no ha encontrado en los libros de aquel tiempo, que en la Biblioteca Nacional de México se cuentan a centenares, ni una sola nota digna de atención.⁴ Sin embargo, una aproximación atenta a la actividad intelectual de aquellos años revela la existencia, hoy casi desconocida, de un numeroso grupo de letrados jesuítas, de

interés no desdeñable por su obra histórico-religiosa y por su obra educativa: ellos fueron los maestros de la generación “brillante” que tanto han estudiado los investigadores de la época presente. Conjunto de escritores ignorados, como pertenecientes a una “época deslucida” de nuestro pasado, es contemporáneo, en líneas generales, al de los historiadores del Barroco, y viene a establecer como un puente de enlace entre éstos y los historiadores “ilustrados”. Tratan de apartarse de la historiografía tradicional de su tiempo, de corte barroco, y abren el camino a la modernidad, sin decidirse definitivamente a quedar dentro de ella. Su significación de precursores desborda lo puramente historiográfico, y se extiende al campo general de la cultura. Pues esta generación jesuíta del temprano Setecientos forma una clara transición entre la última gran generación barroca de la Nueva España, que Sor Juana y Sigüenza presiden en la segunda mitad del siglo anterior, y la gran generación humanista del exilio, que Landívar, Clavigero y Alegre presiden en la segunda mitad del xviii. Por eso el estudio de aquella generación menor, pero muy numerosa, habrá de aclarar la comprensión del proceso cultural del siglo.

La literatura histórica del grupo está referida, en general, a las labores de la Compañía de Jesús en el inmenso territorio de la Nueva España, y se compone de crónicas de la provincia religiosa, biografías de varones ilustres de la Orden, crónicas de las misiones y relatos de hagiografía. Se trata de un movimiento de intención piadosa, edificante, pero no faltan en él obras de significación, como la *Historia de la provincia* que Francisco Javier Alegre escribió antes del destierro, y que participa tanto de lo tradicional como de lo innovador. Algunos relatos sobre las misiones de California, que en su tiempo circularon por todo el mundo cristiano, avaloran también esta corriente. Característica esencial del grupo: una inquietud intelectual universalista, una voluntad de renovación literaria—que aún no se atreve con lo filosófico y científico— anuncia inconfundiblemente la alborada de la Ilustración en el Nuevo Mundo.

La actividad literaria de la Compañía de Jesús es tan febril en el siglo xviii mexicano, que se pueden enumerar más

de quinientos escritores.⁵ Entre ellos, y sólo en el período anterior a 1767, hay unos 140 autores que se ocupan de temas histórico-religiosos. El campo está casi totalmente inexplorado. Su interés es muy desigual. Podrían encontrarse acaso unos diez cronistas notables (de los cuales son muy famosos, el primero por sus empresas misionales, y el último por su labor intelectual, como maestro de cultura y como humanista) :

Eusebio Francisco Kino (1645-1711), originario del Tirol, autor de diversas relaciones sobre las misiones jesuítas de California y Sonora;

Juan Antonio de Oviedo (1670-1757), nacido en Bogotá; escribió varias biografías de varones ilustres;

Miguel Venegas (1700-1764), poblano, historiador de California y de la vida de algunos misioneros;

Juan Antonio Balthazar (1697-1762), de Suiza, autor de *Apostólicos afanes*, II-III, y otras crónicas;

Francisco Javier Lazcano (1702-1762), de Puebla; escribió la *Vida* de Juan Antonio de Oviedo y *Noticias de las apariciones de Guadalupe*;

José Ortega (1700-1768), natural de Tlaxcala, historiador del Nayar: *Apostólicos afanes*, I.

Joaquín Antonio Villalobos (1668-1757), mexicano, biógrafo de varios jesuítas;

Jacob Baegert (1717-1772), originario de Alsacia, historiador de California;

Francisco Javier Alejo Orrio (1715-1763), español; trata de dar solución al problema del origen de la población americana;

Francisco Javier Alegre (1729-1788), veracruzano, autor de la *Historia* de la provincia jesuítas en la Nueva España (2 versiones), y de biografías de varones ilustres.

LA FIGURA MÁS REPRESENTATIVA de todo el período es, indudablemente, la del padre Juan Antonio de Oviedo, nacido en Bogotá, en 1670, educado en Lima y Guatemala, hecho jesuita en México, donde actúa desde 1690 hasta su muerte en 1757, con breves intervalos de viajes a España, Italia y las

islas Filipinas.⁶ Se distingue no tanto por el valor de su obra intelectual, que es más bien modesto, cuanto por la diversidad de sus actividades, por la nobleza de sus intereses, por lo fecundo de su labor como maestro, por la renovación espiritual que suscitó su influjo. Hubo entre sus compañeros figuras de mayor prestigio o de talento literario más firmemente cristalizado; pero nadie le iguala como varón representativo de su tiempo y de su orden. La historia de su vida, escrita por Lazcano, uno de sus discípulos y compañeros, viene a ser la historia de toda la provincia en aquella época, que ha sido llamada la “edad de oro” de la Compañía de Jesús en la Nueva España. Y el moderno historiador Decorme lo presenta también como la figura central de su tiempo, contemporáneo de los grandes misioneros y mártires, presente en las fundaciones de seminarios de entonces, célebre como predicador, escritor ascético, moralista e historiador, y maestro de Campoy, Dávila, Abad, Clavigero, Alegre y Landívar. “Su carrera de gobierno fue invariablemente feliz: *Subditis carus, imperantibus probatus, successibus felix*, dicen las crónicas.”⁷

Espigando en la obra intelectual de Oviedo, tan múltiple y variada, aunque en general de escasas pretensiones, se le considera aquí como historiador religioso, como prosista y como maestro de ideas renovadoras.

Su labor histórica, compuesta de biografías de jesuitas de la Nueva España —varones piadosos, misioneros, mártires—, sigue esta trayectoria: *Vidas* de Antonio Núñez (1702), Pedro Speciali (1727), Josef Vidal (1752); *Elogios* de hermanos coadjutores (1755); publicación y refundición de crónicas de sus compañeros, como el *Menologio* (1747) y el *Zodiaco mariano* (1755) del P. Florencia, y como otras de los PP. Venegas y Villavicencio. De tan rica producción, que forma sólo una parte de su bibliografía, los libros más asequibles al público moderno, los más legibles, son sus *Vidas*, crónicas de carácter menor: “hermosas biografías que prepararon el camino e hicieron desear alguna obra de conjunto” sobre la historia de la Compañía en México.⁸ (Probablemente el libro más interesante de Oviedo sea el primero de todos, la *Vida* de Núñez, escrito en plena juventud, que contiene un capítulo muy va-

lioso sobre la evolución espiritual de Sor Juana Inés de la Cruz; después de esa publicación, Oviedo habrá de moverse en otros campos culturales, como la predicación, de que son testimonio sus *Panegíricos sagrados* (1718), preocupándose sólo incidentalmente por la historiografía, durante un período de casi cincuenta años: al género volverá en el ocaso de su vida, con pasmosa fecundidad.)

Las *Vidas* de Oviedo aparecen entre los dos más célebres intentos de crónica general de la Orden en la Nueva España: la *Historia* (1694) de Florencia, personalidad secundaria, pero muy brillante en su época, y la primera *Historia* (1766) de Alegre, la más ilustre figura de todo el proceso. En aquel largo espacio de siete decenios, la obra de Oviedo viene a ser la más característica, bien que colocada en un discreto segundo plano: abriendo el camino a la crónica de conjunto.

Como escritor propiamente dicho, tampoco posee Oviedo calidades de gran artista ni de profundo pensador, pero es, en su género, un buen prosista, dueño de un estilo agradable, que prelude ya una cierta manera de periodismo literario. "No es... un literato de alto coturno, ni tal vez clásico y pulido como sus antecesores y continuadores; es un polígrafo que habla el estilo correcto de su sociedad mexicana, un vulgarizador fácil que desea ser entendido de todos, pero sobre todo un enemigo del mal gusto y de toda afectación literaria".⁹ Mal gusto, afectación. Se trata de la escuela barroca, que, una vez pasada la época de su grandeza, carente ya de fuerza creativa —sobre todo en el campo de la prosa (oratoria sagrada e historia), pues en el campo de la poesía el XVIII mexicano producirá aún algunos nobles frutos gongorinos—, había quedado reducida a mero despliegue verbal sin contenido ideológico o emocional, a vana tradición que los espíritus originales rechazarían. Oviedo antes que nadie. "El primero que se presentó a rejuvenecer nuestras letras fue el P. Juan Antonio de Oviedo", que se convertiría en "jefe de la escuela".¹⁰ Como renovador ocupa un puesto aparte en su época. Abandonado de la modernidad literaria, el introductor del neoclasicismo en la prosa mexicana —historia y oratoria, de nuevo—, el instaurador del "buen gusto" en la Nueva Es-

paña. Innovación estilística que dio paso al clima moderno de la cultura occidental en el ambiente mexicano, renovación intelectual que, extendida luego a las otras formas de la cultura por sus discípulos y continuadores, llegaría a transformar el ser intelectual del país. Alcance incalculable de aquella empresa intelectual iniciada tan modestamente, pero con tanto entusiasmo, por el oscuro cronista bogotano, quien, por otra parte, de seguro, no fue consciente de la trascendencia y el influjo que tendría su crítica a la estética literaria del Barroco. El conflicto, empero, era ya antiguo y complejo.

LA REACCIÓN contra el Barroco en la América española se manifiesta desde el mismo momento en que esta corriente —hacia 1625-1630— empieza a imponerse en los círculos literarios. Oposición hubo siempre. Pero a todo lo largo del XVII la fuerza de la tradición clasicista probó ser inferior a la de la innovación culterano-conceptista, avasalladora. “Mundo barroco aquél...”, señoreado a la distancia por Luis de Góngora, Paravicino, Vieyra (el lusitano) y también Calderón, Quevedo, Gracián. Mundo barroco, en literatura y en artes, en modas y en actitudes; hasta la filosofía tradicional escolástica se identifica con los intereses del Barroco. (Barroco, Contrarreforma, Compañía de Jesús, Imperio español: términos en contacto.) En el transcurso de los años, sin embargo, al exceso retórico siguió la fatiga. Lo que en un tiempo había significado novedad, llegó a significar al fin detención y estancamiento. En Sor Juana y Sigüenza, los dos maestros de la cultura otoñal del caer del Seiscientos, está ya el sentimiento de decadencia del Barroco; en ellos está también la reacción estilística contra la tradición culterana, con gloria en ella, sin pena en él. Ambos intuyen nuevas rutas, presagiando la Ilustración, pero en definitiva ninguno de los dos logra salir de las vías marcadas. Otros hombres de menor categoría espiritual, pero que vivieron en una época más abierta a influjos extranjeros fecundos, fueron los introductores de las nuevas ideas literarias, procedentes de la Francia “ilustrada”. La Compañía de Jesús, con su internacionalismo y su poder pedagógico, sería la institución que propiciara la

renovación. (No de manera oficial: allí encontraron también protección los desenfadados oradores de la vieja escuela.)

A diferencia de los antiguos oponentes del Barroco, los nuevos enemigos de esta tendencia ya tradicional no eran simplemente los nostálgicos del pasado, sino letrados que a este sentimiento de respeto por lo antiguo unían una voluntad de renovación, fundada en intereses universalistas. El siglo XVIII ha despuntado apenas: Juan Antonio de Oviedo da principio a su labor.¹¹

A través de dos o tres fragmentos de los escritos de Oviedo, ha de comprobarse lo dicho. Basta un leve conocimiento de la literatura de aquella época en España y América —época de decadencia cultural hispánica, que ni Benito Jerónimo Feijóo, en España, ni Pedro de Peralta Barnuevo, en el Perú, ni Sor Francisca Josefa de la Concepción, en Colombia, acaban de salvar—, para comprender el sentido renovador del esfuerzo de Oviedo, que habría de ser paralelo al de su contemporáneo español, también jesuita, autor del celebrado *Fray Gerundio de Campazas*: el P. Isla. El P. Oviedo fue, en realidad, el primer escritor neoclásico de México y uno de los primeros del mundo de habla castellana, uno de los primeros que rompieron abiertamente con el orden espiritual barroco establecido, superando lo muerto de la tradición, en busca de una nueva expresión literaria que, si luego probaría ser de moderada calidad artística, en cambio fue riquísima por el influjo que llegó a ejercer con el tiempo en todos los campos de la cultura. (Hecho desconocido, sobre el cual no huelga la insistencia).

Desde su primer libro, publicado en 1702, Oviedo se pronuncia, más o menos veladamente, contra el esteticismo barroco. En el prólogo a la *Vida* de Núñez expone su actitud ante los estilos históricos:

Por lo que toca al estilo, he procurado que sea historial, corriente y llano; y aunque tal vez se divierta la pluma a algún símil o erudición para dar más viveza a lo que se dice, siempre es brevísimamente, huyendo de digresiones y ponderaciones, siempre odiosas en las historias, y de aquel estilo amado de no pocos en nuestro tiempo, en que es menester leer dos veces cada período para enten-

derlo, lastimando no poco la sinceridad y llaneza que de suyo pide la verdad, parte la más esencial de la historia.¹²

El párrafo guarda cierta familiaridad indudable con otra declaración de Carlos de Sigüenza y Góngora, a quien Oviedo conoció de cerca. Don Carlos, el gran erudito barroco, se opone también al empleo del estilo culterano en la literatura histórica, en su *Paraiso occidental*: a su parecer, la historia no debe utilizar el manido instrumental metafórico de los imitadores de Góngora: “como quiera que esto no es lo que se gasta en las comunes pláticas, debiendo ser el estilo que entonces se usa el que se debe seguir cuando se escriben historias, desde luego afirmo que no se hallará el catálogo de esas cosas [las metáforas] en la presente, porque sé que es el escollo en que peligran muchos.”¹³ La intención de Oviedo es, pues, semejante a la de Sigüenza, aunque su situación espiritual sea muy diferente: pues éste pertenece aún, a pesar suyo, a la tradición barroca —discreto en la prosa histórica, exaltado en el verso—, al paso que aquél, menos de veinte años después, ha superado ya tal tradición. Y las lecturas francesas van dejando su huella en la prosa del joven jesuíta. La última frase del texto de Oviedo, “la verdad, parte la más esencial de la historia”, es de un sabor claramente afrancesado. Rasgo muy significativo.

Justamente medio siglo después de la *Vida* de Núñez, Oviedo escribe la de otro varón ilustre, el misionero Josef Vidal (1752). El autor es ya octogenario, mas su pensamiento no ha variado, aunque el tono haya ganado en ironía:

Puede ser, amigo lector, que en esta historia echés de menos aquella elegancia de estilo y abundancia de retóricos tropos y figuras con que vemos en este siglo celebradas y aplaudidas algunas historias. Confieso ingenuamente que no llega a tanto mi capacidad, pero que no me pesa tampoco de mi poco alcance, cuando conozco que ordinariamente hace declinar el estilo a panegírico y que se desvía no poco del historial, y que muchas veces deja indeciso al lector sobre si lo que se refiere es metáfora o realidad, y aun obliga no pocas veces a volver a leer una y otra vez lo ya leído, para penetrar y entender lo que se dice.¹⁴

A lo largo de su vida, el escritor no ha dejado pasar ocasión de manifestar su credo literario: la pureza, la sencillez y la claridad han de ser la primera preocupación de todo buen prosista.¹⁵ Como orador sagrado, se ha declarado también enemigo de la tradición "vieyrista", de corte barroco, que por aquel entonces llega a excesos paroxísticos, de verdadera locura retórica; ha propugnado siempre por una nueva oratoria, de corte neoclásico, a la manera de la nueva oratoria francesa e italiana.

Consciente de que aquella literatura exorbitante cultivada por los cronistas, versificadores y predicadores al uso, cuyo único mérito estaba en el aprendizaje de una técnica y su repetición hasta el infinito, sin nada de su original vitalidad estética (y que se conserva en la posteridad sólo como documento de una época desafortunada), era una literatura de franca decadencia, una literatura que empezaba a dejar de serlo, Oviedo se propuso que su obra fuera una llamada a la cordura y a la naturalidad, y su mensaje resultó verdaderamente explosivo. Que esa obra no fue escrita en vano y que tuvo repercusión e influyó, directa o indirectamente, en la literatura y en la cultura de México, lo prueba la acción ilustre de los humanistas de 1767, discípulos de Oviedo.

EN DEFINITIVA, Juan Antonio de Oviedo da principio, con su renovación literaria, limitada originalmente a lo estilístico y estético, a todo un proceso de renovaciones que ha de extenderse por espacio de cien años. Sus discípulos, como Campoy y Clavigero, inician a mediados del siglo la renovación filológica y científica. Hombres de diferente origen, pero de semejantes preocupaciones, realizan a fines del siglo la renovación artística, limitada también a lo plástico y estético. Poco después, a partir de 1808, un grupo de patriotas, discípulos de Clavigero y su escuela, inician la definitiva renovación política del país: Miguel Hidalgo y Costilla declara la revolución de independencia mexicana, el 16 de septiembre de 1810. Así pues, existe una línea de evolución espiritual en el XVIII de la Nueva España, línea muy directa y en tensísimo *crescendo*: de Oviedo a Alegre y Clavigero, y de Clavigero y Alegre a

Hidalgo. Para la comprensión intelectual de aquella época —liquidación y promesa, encrucijada de la historia americana en la edad moderna—, es fundamental el conocimiento de la ruta Oviedo-Clavigero-Hidalgo.¹⁶ Y puesto que el gran patriota y el historiador están vivos en la conciencia mexicana contemporánea, cumple ahora dirigir la mirada a aquel olvidado cronista, tan limitado en su propia obra como notable por el influjo de su acción cultural: Oviedo creó en México el clima de espíritu que hizo posible toda la aventura de la Ilustración —literatura y arte, filosofía y política—, e inauguró con su ejemplo el ritmo renovador que caracteriza al siglo. Sin la introducción de las nuevas ideas literarias, que él llevó a cabo, sería inimaginable la introducción de las nuevas ideas filosóficas, hacia 1750-1775, hecho que marca las dos grandes épocas en la historia intelectual de México. (Antes de 1750: mente antigua, época colonial, pensamiento tradicional; después de 1775: mente moderna, época pre-independiente, pensamiento renovador, en busca de una expresión propia y auténtica.)

En el origen de aquel gran conflicto de corrientes espirituales se sitúa, en posición clave, la pequeña figura del cronista Oviedo: cultivador de un género menor, la historiografía hagiográfica, que como historia participa tanto de la literatura de creación como de la literatura de pensamiento (al menos en germen), tanto del arte como de la ciencia, el autor es responsable de haber iniciado el movimiento literario de renovación que iba a dar cuenta de la parte fosilizada de la tradición barroca, pero que indudablemente hizo descender el nivel artístico de la Nueva España; y es también el maestro de los que, superando las ambiciones puramente literarias de Oviedo, iban a renovar el ambiente filosófico del país y a dar principio a la edad moderna de la cultura mexicana. Su figura y su mensaje se presentan hoy, pues, como un arma de doble filo.

El estudio de Oviedo y de su época (que se inicia con el ocaso de Sor Juana y Sigüenza, florece contemporáneamente a Eguilara, a los oradores y versificadores culteranos y al gran arte churrigueresco de la Nueva España, creador de algunas

obras maestras de la arquitectura barroca universal, y termina con el surgimiento de Alegre, Clavigero, Landívar y tantos otros) es tarea que se impone ahora, ineludiblemente, a la actual escuela mexicana de historiografía de las ideas y de la cultura.¹⁷

Una nota final. Si en el campo intelectual, filosófico y político, el advenimiento de la Ilustración representa el nacimiento del México moderno (tránsito del Barroco a la Ilustración quiere decir paso de la tradicional filosofía escolástica a la filosofía y la ciencia modernas, tanto como paso de la ausencia de intereses políticos al surgir de la conciencia nacional), en cambio, la destrucción del Barroco significó en el campo estético, literario y artístico la muerte de un gran movimiento creador, flor de la Nueva España (tránsito del Barroco a la Ilustración quiere decir también paso de la poesía culterano-conceptista de Sor Juana a la prosa neoclásica, tanto como paso de la monumental arquitectura churrigueresca al arte neoclásico). A un tiempo, progreso y desintegración.

NOTAS

1 Estas páginas proceden de una inconclusa investigación, iniciada en El Colegio de México por el año de 1950, sobre la historiografía mexicana del XVIII. Se presentan ahora como simples sugerencias, de cierto interés erudito, que tratan de llamar la atención de los investigadores sobre un movimiento cultural casi desconocido: la historiografía religiosa de la Compañía de Jesús en la Nueva España, en 1700-1765. Para un estudio de la época, a más de la bibliografía mexicana que es tan conocida, consúltese la reciente obra de Jean SARRAILH, *L'Espagne éclairée de la seconde moitié du XVIII^e siècle*, París, 1954.

2 La existencia de este proceso cultural y político apenas había sido advertida antes: hasta hoy, los estudiosos de la política, del arte, de la filosofía y de la literatura han observado, cada uno en la esfera de su propia disciplina, la crisis espiritual del XVIII; pero nadie, que yo sepa, ha comparado y analizado en conjunto la evolución paralela de esas expresiones de la cultura intelectual, artística y social, ni ha establecido el devenir de la gran crisis.

3 Consúltese, por ejemplo, la excelente obra sobre historiografía europea moderna de Eduard FUETER, *Geschichte der neueren Historiographie*, 2ª ed., Munich y Berlín, 1925, que trata de la escuela histórica creada por los jesuitas. (Hay traducción francesa).

⁴ Algunos de aquellos autores han sido reeditados modernamente (Vegas, Alegre, J. Ortega, Baegert, etc.); pero la obra conjunta de la generación permanece totalmente ignorada.

⁵ Hay pocos trabajos útiles para el conocimiento de tan numeroso grupo. A Gerardo DECORME se deben dos estudios importantes, anverso y reverso de una sola labor de investigación: *La obra de los jesuitas mexicanos durante la época colonial, 1572-1767*. (*Compendio histórico*), México, 1941, y *Mi fichero. Breve guía bibliográfica de los jesuitas mexicanos durante la época colonial*, ms. (Socorro, Texas, 1943; ejemplar consultado en la Biblioteca Nacional de México). De éste, catálogo muy útil y casi desconocido, tomo los diez nombres que cito en el texto; la elección no responde, más que en casos aislados, a conocimiento directo del material, que es inmenso, sino a la impresión que obtuve de la consulta detenida del fichero.—Como introducción a la literatura general de la época, lo mejor es el estudio y la selección de Alfonso MÉNDEZ PLANCARTE, *Poetas novohispanos*, tomo 3, Segundo siglo (1621-1721), parte segunda, México, 1945 (*Biblioteca del estudiante universitario*, 54).

⁶ Los historiadores de la literatura mexicana, colombiana o hispano-americana, no han tomado en consideración a Juan Antonio de Oviedo; su nombre aparece raramente en los tratados, con juicios como: “no lució por la pluma” (J. M. VERGARA, 1867), o calificaciones de mera “lectura edificante” (A. GÓMEZ RESTREPO, 1940). Aparte de los historiadores jesuitas de México, últimamente se ha interesado en él J. M. RIVAS SACCONI, *El latín en Colombia, bosquejo histórico del humanismo colombiano*, Bogotá, 1949. Ante la crítica colombiana, el nombre del P. Oviedo ha sido oscurecido por el de su hermano menor, don José de Oviedo y Baños, el conocido historiador que floreció en Venezuela. (A propósito, dice F. J. LAZCANO, *Vida del V. P. Juan Antonio de Oviedo*, México, 1760, p. 4, que el segundo tomo de la *Historia de Venezuela* —que se considera perdido— se conservaba entonces “manuscrito, dedicado a su amantísimo hermano, el P. Juan Antonio”). Sin embargo, la bibliografía religiosa sobre el jesuita es muy abundante: aparte Lazcano y Decorme, véase: Vicente LÓPEZ, *Siglos de la concepción mariana*; Pedro MURILLO VELARDE, *Geografía histórica*; BACKER-SOMMERVOGEL, *Bibliothèque de la Compagnie de Jésus*; *Diccionario universal de historia y geografía*, Apéndice, tomo 3, México, 1856 (M. Dávila); *Enciclopedia Espasa*, t. 40; además de los conocidos repertorios de Beristáin, Medina y N. León.

⁷ DECORME, *La obra...*, t. 1, pp. 388-390.

⁸ *Ibid.*, p. 204. (La imprecisión de los datos que transcribo se debe al hecho de haber redactado estas notas lejos del propio campo y cinco años después de la investigación correspondiente, como dejo explicado antes). La bibliografía completa de los escritos de Oviedo está igualmente por hacer: la formulada provisionalmente por DECORME, en *Mi fichero*, pp. 136-138, cuenta con unos 45 títulos, entre manuscritos, publicaciones hechas por el autor y obras póstumas. Muchos de sus libros, particular-

mente los de carácter más religioso, fueron reimpresos insistentemente a lo largo de cien años. Casi todos sus escritos vieron la luz en la ciudad de México; pero también contó con ediciones españolas, guatemaltecas y colombianas. (Para éstas, cf. Eduardo POSADA, *Bibliografía bogotana*, t. 2, Bogotá, 1925).

⁹ DECORME, *La obra*, t. 1, p. 208.

¹⁰ *Ibid.*

¹¹ Oviedo no es el único renovador: desde el principio cuenta con colaboradores, como los PP. Francisco Javier Solchaga y Manuel Herrera, predicadores y maestros, que, sin embargo, no dejaron obra escrita, o como el jesuita venezolano Francisco López (1699-1783), natural de Guarena, bastante más joven que Oviedo, célebre como teólogo y moralista, muerto en Ferrara, en el exilio, quien desde muy temprano se propuso implantar en las aulas la enseñanza de la lengua francesa. Oviedo y López están entre los primeros que abrieron en México los horizontes internacionales. Y en el campo de la historiografía, ya hemos visto que secundaron a Oviedo muchos compañeros y discípulos, como Venegas, Lazcano, Alegre, todos ellos partidarios del "Buen Gusto".

¹² *Vida... del V. P. Antonio Núñez de Miranda...*, México, 1702, prólogo, s. f.

¹³ *Paraiso occidental*, México, 1684, prólogo, s. f.

¹⁴ *Vida del P. Josef Vidal*, México, 1752, prólogo. Cf. DECORME, *La obra*, t. 1, pp. 214-215.

¹⁵ J. A. OVIEDO, Aprobación, en Manuel Romualdo DALLO Y ZAVALA, *El gali-hispano héroe de la fe, el Sr. D. Felipe Quinto, rey de las Españas. Sermón fúnebre*, México, 1747, s. f.: "Es esta fúnebre oración pura por lo castizo de su lenguaje; sencilla, porque sin ponderaciones hiperbólicas, que suelen avenirse mal con la verdad, refiere y ensalza proezas y virtudes de nuestro difunto monarca; clara, y a todos manifiesta, porque (no usando de oscuras frases y peinados períodos, que aun para los más advertidos dejan dudosa y confusa la inteligencia) a todos, aun a los menos versados en las letras, se hace perceptible... juntando a la gravedad y peso de los conceptos y discursos, la suavidad accesible de sus palabras..."

¹⁶ Ruta que podría extenderse: Sigüenza-Oviedo-Eguiara-Alegre-Clavigero-Gamarrá-Alzate-Villaurrutia-Hidalgo.

¹⁷ Primera labor por realizar: una bibliografía selectiva del período y de su gente más destacada. Importa establecer antes que nada cuáles son las figuras de mayor interés, y concentrar la atención en unos cuantos problemas esenciales. De lo contrario, se corre el peligro de naufragar en un mar inabarcable de documentación ciega y muda.